

- . *Donner le temps. 1. La fausse monnaie*. París: Galilée, 1991.
- . *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Madrid: Trotta, 1998.
- . *La universidad sin condición*. Madrid: Trotta, 2002.
- . “Esa extraña institución llamada literatura. Una entrevista de Derek Attridge con Jacques Derrida”. *BOLETÍN del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. 18 (2017): 115-150. Traducido por Vicenç Tuset.
- Derrida, Jacques y Élisabeth Roudinesco. *Y mañana, qué...* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Estrín, Laura y Oscar Blanco. “Hermenéutica nacional”. *Políticas de la crítica. Historia de la Crítica literaria en la Argentina*. Ed. Nicolás Rosa. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1999. 251-289.
- Gigena, Daniel. “Martín Kohan. ‘Sabemos que en las redes abundan la violencia estéril y la agresividad impotente’”. *La Nación*, Cultura, 14/05/2021. En línea. Fecha de acceso: 18/08/2024.
- Link, Daniel. “El Cuchillero”. *Página 12*, Radar Libros, 23/04/2000. En línea. Fecha de acceso: 18/08/2024.
- Ludmer, Josefina. “Algunos problemas de teoría literaria”, programa de seminario de grado dictado en la carrera de Letras, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1985.
- . *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.
- . *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Perfil Libros, 1999.
- Panesi, Jorge. “Política y ficción, o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina”. *Boletín del Grupo de Estudios de Teoría Literaria*. 4 (1995):5-13.
- . “La caja de herramientas o qué no hacer con la teoría literaria”. *El taco en la Brea*. 1 (1996):322-333.
- . “Las operaciones de la crítica: el largo aliento”. *Las operaciones de la crítica*. Alberto Giordano y María Celia (comps). Rosario: Beatriz Viterbo, 1998. 8-21.
- . “Polémicas ocultas”. *BOLETÍN del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. 11 (2003). En línea. Fecha de acceso: 18/08/2024.
- . *Críticas*. Buenos Aires: Norma, 2004.
- . “La seducción de los relatos”. Fernando Bogado. *Página 12*, 22/8/2018. En línea. Fecha de acceso: 18/08/2024.
- . “Jorge Panesi: un profesor que escribe”. Valeria Tentoni. *Eterna Cadencia Blog*, 2018. En línea. Fecha de acceso: 18/08/2024.
- Penchaszadeh, Ana Paula y Emmanuel Biset (Comps.). *Derrida político*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2013.

Ante la ley de Jacques Derrida: crítica, política y nación en Josefina Ludmer y Jorge Panesi

Natalí Incaminato

Universidad Nacional de La Plata - CONICET

<https://orcid.org/0000-0003-0340-2059>

Las derivas y torsiones de Jacques Derrida en Argentina son impensables sin las lecturas que Jorge Panesi y Josefina Ludmer hicieron de su obra. Ambos introdujeron y afianzaron la perspectiva del filósofo francés en la enseñanza y en la crítica literaria argentinas, de formas singulares y no fácilmente traducibles a los modos en que se cristalizó la desconstrucción en las instituciones y debates de otros países, paradigmáticamente en los Estados Unidos.

El título de este trabajo remite a la topografía imposible que Derrida lee en el relato “Ante la ley” de Franz Kafka. En “Préjugés. Devant la loi”, el filósofo plantea que, en el cuento, tanto el campesino que quiere entrar en la ley como el guardián que la custodia se encuentran en una *irrelación* con la ley. Esta, que en una zona de la exposición de Derrida es también la ley de la literatura y la ley del propio relato, permanece intangible: el cuento enrarece su relación con el sistema referencial y por lo tanto es ilegible, ya que es imposible acceder a su sentido propio. El filósofo desprende de estas hipótesis que ante todo texto los lectores somos campesinos y a la vez guardianes: no podemos acceder a su sentido “propio”, al contenido quizás inconsistente que guarda, pero a su vez decidimos y juzgamos sobre la pertenencia de un texto a la literatura o a determinado género (“Préjugés” 129). La “otra” ley de un texto, la *différance*, dicta el lugar de los lectores ante él y a la vez difiere la entrada, el acceso. El enrarecimiento del vínculo entre la “escritura” y su “afuera” (histórico, político, etc.) que inscribe la diseminación efectúa la indeterminación del sentido. Esta es una de las razones por las cuales Derrida asegura que no existe *una* desconstrucción; en cambio, existen diversos y heterogéneos procedimientos desconstruktivos, según las situaciones y los contextos (“Entrevista” 282).

Las escrituras de Ludmer y de Panesi se cuentan entre estos procedimientos singulares. Ante la ley de la desconstrucción tal como se configura

en los textos de Derrida, indisociable de ciertas circunstancias históricas y propias del campo francés, ambos críticos son campesinos y guardianes. Sus formas de habitar el límite inhabitable, la orilla paradójica que difiere pero que a la vez permite toda lectura, anuda lo nacional y la polémica en los tonos, temas y gestos críticos que suelen ser políticos, particularmente en sus intervenciones de las décadas del ochenta y de los noventa. Los dos atraviesan y dan a leer lo que Derrida puso de relieve y ayudó a conceptualizar: la ambivalencia y la indecidibilidad como constitutivas de la literatura. Pero a la vez, y ese es el punto que nos interesa subrayar, comparten la acentuación del momento interpretativo, de la decisión o reafirmación en tanto uno de los movimientos del *double-bind* propio de una lectura deconstructiva. La misma consiste (y a la vez *in-consiste*) en atravesar la experiencia de lo imposible del sentido como condición de todo juicio crítico, de la propia posibilidad del *krinein*.

El señalamiento y el rodeo en las aporías del sentido, que empuja al desasimilamiento de la interpretación, tiene lugar en varias de las lecturas críticas de Ludmer y de Panesi. En la primera, la ambivalencia como constitutiva de la literatura opera fuertemente desde sus clases dictadas en la Universidad de Buenos Aires en 1985, en el marco del seminario “Algunos problemas de teoría literaria”. En *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Ludmer afirma que lo que importa para la literatura es “la indefinición, la discrepancia” (29) y su análisis de la gauchesca sigue los efectos de esta indecidibilidad: los nexos entre los gauchos y la literatura, la realidad y la ficción, se desdoblán, entran en juegos “especulares” y de subversión de intenciones: se trata de relaciones no lineales y ambivalentes.

Ludmer lee la gauchesca desde la noción de “límites” con una fuerte impronta tanto de las conceptualizaciones de Jacques Derrida sobre los efectos paradójales que generan los marcos como de las formas en que el autor ha pensado las lógicas del sentido y la referencia en textos como “Ante la ley” de Kafka o *Mimique* de Mallarmé. Desde esta perspectiva, en *El género gauchesco* predomina una lectura “inmanente” del significado de los textos, que pone el acento en las duplicidades, los juegos paradójales e incluye el “afuera”, el rol político y social de la gauchesca, sin reducir la lectura a ese plano. Este modo de abordaje implica una complejización de los vínculos con la representación y, por lo tanto, con la asociación de los textos a una “intención” autoral unívoca o a una referencia histórica, social o política

estable. En el análisis del *Fausto* de Estanislao del Campo, por ejemplo, Ludmer afirma que su narrador es irónico y la ironía “produce ambigüedad y paradoja, por momentos es indecible” (256).¹ Sin embargo, además del movimiento que muestra las aporías del sentido en los textos gauchescos, en la lectura irrumpe la interpretación en tanto intervención política. Los efectos de la ambivalencia que ponen en jaque la autoridad última de un sentido en *Fausto* se detienen en el gesto de arrancar la obra del territorio crítico que lo trataba como una burla al gaucho. A contrapelo, Ludmer afirma que el poema da lugar a un código de justicia opuesto a la ley letrada, a una alianza entre iguales que constituye un ataque a los dos sectores de la alianza fundante del género gauchesco: el doctor y el militar (271-272). Así, la literatura se lee en clave de resistencia de los marginados y de ataque hacia las élites. Las consecuencias de las nociones “diferencia”, “ambivalencia”, “autorreferencia”, “especularidad” y “ambigüedad” que operan en el libro de Ludmer para definir el sistema de la gauchesca encuentran un límite, pero no el límite paradójico derridiano sino el límite de la decisión crítica como intervención política.

La autora justifica la deserción de la entrega a la aporía en sus clases de 1985: si bien el sentido en la literatura puede “funcionar en direcciones opuestas” y por lo tanto se sustenta la idea de que no hay que interpretar, Ludmer propone como “opinión propia” que es necesario alejarse de la tendencia antinterpretativa dado que “si nosotros no interpretamos, no participamos de esa tradición histórica de lecturas donde el gaucho se ríe y no se ríe del gaucho, y nosotros con esta lectura hacemos una reinscripción política del texto” (“Algunos problemas” 344). Política y nacionalidad se anudan en la interrupción de la aporía, en una forma casi deontológica: “en la cultura argentina hay que interpretar”, agrega. De todos modos, subsiste un resto no interpretable e intraducible del *Fausto* que, no obstante, también se asocia a una forma no sustancialista de lo “nacional”: aunque se traduzcan todas las palabras del poema, queda

1 Derrida explica la lógica paradójica de los marcos y los límites en su lectura de “Ante la ley” de este modo: “Si nous soustrayons de ce texte tous les éléments qui pourraient appartenir à un autre registre (information quotidienne, histoire, savoir, philosophie, fiction, etc., bref, tout ce qui n’est pas nécessairement affilié à la littérature), nous sentons obscurément que ce qui *opère* et *fait oeuvre* dans ce texte garde un rapport essentiel avec le jeu du cadrage et la logique paradoxale des limites qui introduit une sorte de perturbation dans le système “normal” de la référence, tout en *révélant* une structure essentielle de la référentialité”. (“Préjugés” 131, cursiva en el original)

eso que es lo gauchesco, lo argentino, la complicidad, la risa y eso se ha sentido como lo nacional [...] o puede sentirse como cualquier elemento abstracto, como amistad o como nacionalidad, o como lectura propia, que funda una lectura en ese resto que no es interpretable (345)

Este *double-bind* anudado a la política y a la nación opera también en *El cuerpo del delito*. En la hipótesis rectora de varios capítulos, los “cuentos” de algunos personajes que cometen “delitos de la verdad” (Emma Zunz y Gregorio Barsut, por ejemplo) burlan a la justicia y al Estado. Estas claves de lectura recuperan ideas de Derrida sobre el vínculo entre la falsificación y la ficción que el filósofo articula a propósito de un relato de Baudelaire, nexo a partir del cual insiste en el carácter *ilegible* de lo que se da a leer: lo absolutamente indescifrable del relato se rehúsa incluso a una promesa de resolución o de hermenéutica. La “estructura del secreto” sin secreto de la literatura pone en escena “la possibilité de la non-vérité dans laquelle se tient ou se fait toute vérité possible” (*Donner le temps* 193). Si para el filósofo la *différance* y la indecidibilidad de la literatura sostienen toda verdad posible, en la torsión de Ludmer la posibilidad de la literatura se sostiene en una exclusión violenta del otro, en especial del judío. La autora lee derrideanamente a Derrida para señalar cómo *Donner le temps. La fausse monnaie* introduce a los judíos en notas al pie y, a pesar de su falta de intención declarada, contiene en su libro un vínculo entre la “modernidad”, la “ficción” como delito de la verdad y de la legitimidad, y el “judaísmo”. Derrida muestra involuntariamente que “la metáfora de la falsificación para pensar cierta ficción, la teoría capitalista de la ficción de Baudelaire, incluye como elemento fundamental al judaísmo (se lo sepa o no, y se esté a favor o en contra)” (*El cuerpo* 425). En este libro de Ludmer, la estructura problemática e inestable de la relación entre la verdad (estatal) y la ficción que ponen en juego los “cuentos” —los “enigmas” indecidibles— dan lugar a una interpretación política que detiene la perturbación incesante del sentido. Esta interrupción radica en visualizar que la ficción moderna argentina en tanto ambivalencia perpetua, texto indescifrable y máquina generadora de puntos enigmáticos “se escribe a propósito del asesinato del ‘judío’ y ‘delincuente’” (*El cuerpo* 411). Las figuras sociales menores y marginales, excluidas por el Estado liberal en tanto violencia causal, se conectan con la ambivalencia e indecidibilidad de la literatura; así, son reivindicadas como enjuiciadoras del poder estatal y como antígonas semánticas de las discursividades centrales: “El delincuente

puede decirlo todo porque lo dice desde un borde más bajo y desde fuera de la ley” (*El cuerpo* 465).

En Jorge Panesi, estas implicancias de la perspectiva derridiana en la literatura son más intensas y persistentes y, a diferencia de Ludmer, se entrelazan en su “crítica de la crítica”. Desde esta línea, insiste en el cuestionamiento de las totalizaciones de las teorías y de los presupuestos críticos porque la literatura es un resto que obstaculiza todo cierre. En “Cultura, crítica y pedagogía en la Argentina: Sur / Contorno”, de 1985, afirma que *Contorno* ata los textos a “la totalidad del nombre propio” en tanto “subjetividad otorgadora de sentido” (*Críticas* 52) y, tal como ha propuesto Analía Gerbaudo, Derrida también le permite “criticar la idea de un sujeto político pleno y consciente en la lectura que Viñas realiza de Borges” (*Políticas* 272).

En su artículo “Política y ficción, o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina”, publicado en 1995, Panesi señala la preferencia de la crítica novelística en nuestro país por las “enormes síntesis teóricas, las totalidades clarificadoras” para explicar la “alianza entre la política y la ficción” (*Críticas* 69). En “Discusión con varias voces: el cuerpo de la crítica” trabaja nuevamente el nexo entre crítica y totalización con respecto al problema del corpus. *La restance*, en tanto impedimento del cierre de la totalidad, implica que el texto se resiste por estar habitado de un exceso indecible (Cragolini *Derrida* 138), y es esa ambivalencia irresoluble la que suele rodear el filósofo en sus lecturas. Panesi también piensa la literatura de ese modo, ella es “un abrirse a lo que no está fijo, a lo que cambia y forzosamente desorienta, en primer lugar, a la propia crítica que hace de ese estupor su fuerza aseguradora” (*Críticas* 66). La relación con el texto es, por lo tanto, conflictiva, ya que lidia con una resistencia irreductible.

En “La lectura como adivinanza en *Los adioses*”, originalmente publicado en 1997, Panesi lee el resto y la ambivalencia desestabilizadora en los relatos de Onetti; *Los adioses* no exige una interpretación o el develamiento de sus leyes constructivas, sino que solicita el reconocimiento de que la propia lectura crítica, en sus distintas modalidades,

producía esos otros relatos dadores de sentido armados con no menor intensidad narrativa. La crítica también consiste en narrar el itinerario azaroso e inflexible de manipular significaciones. La crítica cuenta la crisis del relato en Onetti y se cuenta a sí misma como el resultado de la crisis (*Críticas* 221)

Desestabilización de la separación entre objeto y metalenguaje, auto-referencia de la literatura: fuerzas que Panesi lee desde Jacques Derrida y desde Maurice Blanchot. La incertidumbre constitutiva del relato, la “adivinanza”, proponen un esquema de desafío o necesidad de respuesta (como el deseo del campesino de descifrar y entrar en la ley). Los críticos y Onetti como autor dialogan en torno a la respuesta de una verdad que jerarquice las significaciones del relato y buscan el control del sentido. Sin embargo, la literatura insiste en su paradójico estatuto de institución extraña (Derrida “Esa extraña”) que “puede decirlo todo”: ante una lectura sociológica, por ejemplo, ella dice “léeme según tu teoría social predilecta, yo lo digo todo y siempre más, me escapo entre el resquicio de tu grilla, y reclamo otra lectura más allá de la tuya, ni más ni menos que el tejido social que también se te escapa” (*Críticas* 73). Ese “todo” que puede decir implica no solo lo prohibido si no lo indeci(di)ble, lo imposible y, además, en un giro que recuerda a Raymond Williams, Panesi agrega “lo dicho a medias, el rumor inconfesado de lo que está produciéndose como un advenimiento sin nombre en el territorio social” (76). Estas fuerzas y poderes de la literatura hacen que siempre esté en tensión con las instituciones, o en sus fronteras. Inactual, fuga, disloca o reconfigura los sentidos, y ella misma suele pensar sobre su propio juego relacional con las instituciones, los discursos y con sus condiciones masivas de circulación. (Panesi “La caja” 323- 325).

El acento del crítico en la literatura como resto desestabilizador incesante del sentido subyace, tal como demuestra Analía Gerbaudo, en los modos en que la “estrategia derrideana del ‘ni... ni...’ y la lógica del no-todo atraviesa su lectura que, como se advertirá, evita las polarizaciones o los dictámenes cancelatorios” (*Políticas* 273). Si bien esta estrategia es principal, la influencia de Walter Benjamin se visualiza en la concepción bélica de la crítica que el autor explicita de forma directa en “La técnica del crítico en trece tesis”, ímpetu que quizás explica por qué Daniel Link califica a Panesi como “cuchillero” en su reseña a *Críticas*.

Desde este ímpetu, varias de sus intervenciones, al igual que las de Ludmer, efectúan el movimiento que interpreta políticamente los textos. “Borges nacionalista” es un artículo adecuado para observar la apuesta dentro de un horizonte polémico. Publicado en *Paradoxa* en 1993, el texto recorre las objeciones de Borges a las exigencias de las “puerilidades nacionalistas” (lingüísticas, teóricas, culturales). En esos cuestionamientos, Panesi

lee una potencia deconstructiva que puede tener “efectos políticos impredecibles” y por lo tanto más intensos que los discursos políticos manifiestos. En esta línea, el nacionalismo que Panesi lee en el autor de *Ficciones* no es doctrinario, no implica una totalidad semejante al Estado, ni la identidad totalizadora que se ubica en el pasado, sino la destitución de las esencias y el desmontaje del sujeto. Para Borges, particularmente en la década de los cuarenta, todo nacionalismo es paradójico y está constituido por huellas recombinadas sin cesar y —más allá de sus polémicas reconocibles en torno a, por ejemplo, el antisemitismo— sus argumentos ficcionales dan lugar a la cuestión del “otro”. El nacionalismo que construye Panesi como contrapunto polémico visualiza al extranjero, al inmigrante o al marginal como posible traidor. Borges, en cambio, siempre propone paradojas de la identidad que desgranar esencias y acentúan la importancia no ya de las fijaciones, sino de las posibilidades combinatorias futuras de una identidad cultural.

Estos núcleos, sin embargo, entran en tensión con “resabios” de esencialismo nacionalista de la etapa criollista que se pueden leer en la relación de Borges con la cultura italiana. *El Aleph*, afirma Panesi, incurre en la sátira peyorativa de los inmigrantes italianos, representantes de una nueva cultura argentina que le desagrada, parte de una modernidad que acecha, llamada peronismo (*Críticas* 164). “Borges nacionalista” cierra con dos ocurrencias de un Borges tardío que reconoce su vínculo con lo italiano en su vertiente popular y lo visualiza como casi un sinónimo de la cultura nacional. En línea con las paradojas de las combinaciones impuras, al crítico le interesa subrayar esas deudas y acercamientos con las zonas populares aborrecidas. Este movimiento interpretativo no deja de tener aún hoy potencias altamente polémicas; lo demuestra la breve controversia protagonizada por Martín Kohan en redes sociales y notas periodísticas por afirmar en una entrevista que “Borges podría haber sido peronista”, en referencia a la “vertiente más nacionalista y populista” del Borges de los años veinte. (Gigena). Jorge Panesi, es verdad, no incurre en afirmaciones tan abiertamente polémicas, pero asocia la escritura del autor de *Ficciones* a un nacionalismo que, en sus paradojas, puede contagiarse de lo otro (popular) despreciado en las formulaciones políticas más directas y afianzadas.-

La jerarquización de lo “menor” es uno de los gestos más potentes de varios textos de Panesi, desde la “mujer” en “Mujeres: la ficción de Borges” hasta los “Marginales en la noche” de la literatura y el ensayo en Argentina.

Se trata de un gesto que se realiza a través de lo que Miguel Dalmaroni define como “crítica literaria de la cultura”: lee la cultura popular, de masas o las prácticas de los “marginales” desde la literatura argentina más alta y

no subestima las iniciativas de los iletrados que acuden a la literatura no solo para pedirle prestado el prestigio con que la invistieron las élites, sino porque sospechan además que las letras atesoran una sobra contracultural que reconocen como propia (*La palabra* 115)

Estas intervenciones alejan a Panesi de otras derivas de la desconstrucción con otras relaciones, mucho más oblicuas, con distintas formas de lo político. La distancia es explícita; al crítico le preocupa la falta de posibilidad de intervención política y subraya la divergencia entre el carácter subversivo, antiacadémico y anticánónico de la desconstrucción que sostiene Paul de Man y el efectivo “confinamiento” y “enquistamiento” de ese discurso en la Universidad con sus efectos fortalecedores del establishment institucional (“Las operaciones” 12-13).

El deseo de intervención se vincula con una nostalgia por las polémicas, y con un malestar ante un “dominante espíritu del tiempo” en las universidades, que han trocado la polémica revulsiva “que se interroga por el edificio y el terreno social sostenedores de su funcionar” por las confortables y disciplinadas “discusiones”. Este diagnóstico es ocasión para polemizar a su vez con el Derrida que ve en *La universidad sin condición* el permiso de “decirlo todo” sin concesiones a ningún poder político (14); esta extraterritorialidad, sospecha Panesi, quizás no es más que un ejercicio sostenedor del establishment (“Polémicas” 8).

Estos señalamientos apuntan a un deseo de intervención política como parte de una lectura desconstruccionista que no sólo se queda en la experimentación de lo indecible o lo ambivalente. Parte de ese deseo es la opción por una retórica “clara”, depurada de “jerga” académica. Panesi asume que se trata de una ética de la escritura y de la lectura: la crítica es “iluminista” y oscurecer lo que se escribe es un impedimento y un obstáculo para la “buena crítica” (“La seducción”, “Un profesor”). En este punto, su mirada es casi el reverso de Jacques Derrida, quien abjura de la demanda de simplificación y el llanto por la oscuridad de los adeptos a la *Aufklärung* (Derrida *Limited* 119). Si bien el crítico asocia esta apuesta por la claridad con los propósitos del saber, también se asocia, desde nuestra perspectiva, con los propósitos de la intervención política.

Ante la ley de los textos derridianos, ni Panesi ni Ludmer se alejan demasiado de los nexos entre literatura y política que el filósofo problematizó, pero también habilitó. Derrida valoraba el “progreso” que implicó la “literariedad” de los formalistas rusos, dado que permitió evitar ciertas reducciones siempre tendientes a resurgir, tales como el tematismo, el sociologismo o psicologismo, entre otras. Sin embargo, prevenía sobre el hecho de que puede resultar igual de reduccionista la operación de aislar lo literario en una especificidad formal con su propia verdad que no permite articular la literatura con otros campos, teóricos o prácticos (*Positions* 94-95). Tanto en la política como en la literatura, Derrida no anula la decisión, sino que señala su pasaje obligado por lo indecible y por la *restancia*, con lo cual toda decisión es inseparable de un riesgo y de la promesa del futuro.

No obstante, también ha insistido en la literatura como desestabilización del juicio crítico, y en las lecturas que el filósofo emprende de los textos literarios la instancia de decisión por el sentido es continuamente aplazada, suspendida y diferida; lo que se pone en primer plano es lo que resta y la aporía. Dado el movimiento de la diseminación, según Gerbaudo, en Derrida interpretar “no implica sino intentar capturar ese excedente o bien el punto o los puntos donde las intenciones fracasan” (*Derrida* 393).

Las obras que recorrimos de Ludmer y Panesi se alejan de ese privilegio de la aporía: las decisiones interpretativas tienen lugar en sus críticas, y las mismas suelen ser políticas y polémicas, porque intervienen en una interrogación y redefinición de lo nacional. En este sentido, los usos de Derrida en ambos discuten la distinción posible entre “destrucción de la política” y “política de la destrucción”. Según Biset y Penchaszadeh, la primera daría cuenta de la apuesta que implica el desmontaje de cierto concepto de “política” tal como se configuró en la tradición metafísica. La segunda apuntaría a definir la apuesta política que no se encuentra en el orden filosófico o conceptual sino en la “politicidad parricida” de todo ejercicio de destrucción (8). Los dos críticos que nos ocupan se valen del doble movimiento que incorpora ambas apuestas: desestabilizan el orden conceptual de la política, pero también intervienen críticamente en la tradición que unió literatura y política, tal como se ha sedimentado.

Los estilos, por supuesto, difieren: las máquinas de lectura y la autofiguración lúdica de Ludmer contrastan con la depuración, la elegancia de la prosa y cierto ocultamiento del “yo” crítico de Panesi. Pero en ambos

encontramos las formas del duelo gauchesco y el ajuste de cuentas, un impulso agonal que disputa por lo “nacional”. Un acontecimiento anuda el sentido de esta crítica: en el umbral de la recuperación democrática, en 1985, Ludmer y Panesi antagonizan con la hermenéutica como corriente dominante durante la dictadura desde el seminario “Algunos problemas de teoría literaria” que dictan en la Universidad de Buenos Aires. De la mano de Derrida, entre otros, Panesi ridiculiza la citada línea de crítica a la que llama “hermenáutica”, “porque es una hermenéutica que navega en las procelosas aguas del ser latinoamericano o nacional” y agrega “No le dedicaría tiempo si no hubiese sido la única teoría oficial (oficial con gorra) que ha tenido la Facultad de Filosofía y Letras en estos últimos años” (Panesi, citado en Gerbaudo “Algo más” 141).

Por su parte, Ludmer también cuestiona la hermenéutica: en una de las clases plantea cómo la interpretación que se pondría en juego en las lecturas que propone no tiene que ver con la consecución de un sentido “hermenéutico” o “exegético”, asociado a los “oráculos” y a las “interpretaciones de los dioses” (*Algunos problemas* 344). Los dos no sólo se construyen en contra de los críticos hermenéuticos argentinos, como afirmaron Oscar Blanco y Laura Estrín (258) sino que, además, el corte antagónico está atravesado políticamente por el pasado dictatorial y la recuperación democrática.

Si Derrida recuerda sin reprobar que un grupo de filósofos soviéticos le transmitió la ocurrencia de traducir “perestroika” por “desconstrucción” (*Spectros* 146) dado que hay más de una, varias, incalculables, la “recuperación” de la democracia en cierta idea de la “Argentina” bien puede ser otra de las traducciones posibles, y desde esta traducción, en Ludmer y Panesi el desmontaje de las lecturas críticas heredadas es seguido por apuestas interpretativas que reescriben algunas zonas de la literatura argentina en un sentido de restitución política de lo excluido, de lo marginal. Operan en esas apuestas, es claro, el conflictualismo de las derivas de la teoría marxista que no dejan de entretenerse en las perspectivas postestructuralistas: el barrido de la Historia a contrapelo, la denuncia de la violencia estatal, la crítica como destrucción según Benjamin en Panesi o la crítica como máquina de guerra deleuziano-marxista en Ludmer.

Pero ambos —en buena medida gracias a lo que Derrida permitió leer (y dejar ilegible)— lo excluido y lo “menor” representa a ciertos sujetos históricos y sociales concretos, y a la vez, paradójicamente, se abre a lo otro

desconocido y no identificable. La “mujer”, “los marginales”, el “judío”, lo “popular” no son identidades sustanciales sino figuras en las orillas del “lugar más bajo” que puede decirlo todo y que son condición de todo cierre identitario.

La relación paradójica con el cierre del sentido también se puede leer en las ambivalencias e ironías de los dos críticos con sus propios asertos polémicos. Como mencionamos anteriormente, Daniel Link ha definido a Jorge Panesi como el “cuchillero”, calificativo a partir del cual el autor de *Críticas* dice “Me fascinan las polémicas, pero me asusta participar de ellas. Soy cobarde, o no tengo la paciencia; rehúyo a las polémicas, pero me fascinan (...) la literatura, la crítica literaria y la lectura misma están siempre sujetas a las polémicas” (Panesi “Un profesor”). En palabras de Miguel Dalmaroni, “Panesi no abandona nunca el carácter inevitablemente pedagógico y comunicacional de la crítica, pero todo el tiempo hace de su ejercicio un ejercicio de autoironía” (113).

Por su parte, Ludmer subraya la ambivalencia y por lo tanto la distancia irónica con sus propios asertos críticos, en un intento de imitar la indecidibilidad de la literatura. Ambos, también, han diagnosticado de distintos modos la pérdida de la fuerza política de la crítica literaria. Sin embargo, los textos que recorrimos demuestran el gesto de afirmación de una doble herencia: la de la politicidad de la crítica argentina (que es, según Panesi y Ludmer, irremediablemente política) y también la herencia de una tradición nacional. Según Derrida, toda herencia recibida tiene inscripto un “es preciso (...) hacerlo todo para apropiarse de un pasado que se sabe que en el fondo permanece inapropiable” (Derrida y Roudinesco 12). Ese pasado, en este caso cultural, lingüístico, “nacional”, debe ser *reafirmado*; no se trata solo de aceptar dicha herencia, sino de reactivarla de otro modo y mantenerla con vida. La reafirmación, por lo tanto, se asemeja a la elección, la selección y la decisión, que involucra la interpretación y el filtro: no se deja intocado ni indemne lo que se hereda. La tradición de la literatura y de la cultura argentinas en los dos críticos no queda indemne ante los ajustes de cuentas y los duelos que buscan la re jerarquización de lo popular y de lo “menor” (en términos textuales, de sentido, pero también en términos sociales e históricos) dentro de la construcción heredada o sedimentada de lo “nacional”. Derrida incide en estas selecciones y valoraciones porque habilita la apertura de la idea de lo político hacia temas y problemas no vistos como “políticos”

en las lecturas de otras firmas en Argentina, en especial a partir de la consideración del género sexual en la literatura.

Crítica, política y nación se enlazan a partir de un deseo que Derrida comparó al de “un enamorado de la tradición que quisiera librarse del conservadurismo” (Derrida y Roudinesco 12), deseo que también define las apuestas críticas más potentes de Ludmer y Panesi. La liberación de lo conservador radica en de-sustancializar y des-totalizar tanto la “nación” como la literatura, a partir del señalamiento de un resto no interpretable, lo “otro”, que insiste e impide todo cierre. Sin embargo, ese señalamiento o protección del resto y de lo “por venir” —a veces enunciado, a veces efectuado gracias a la autoironía que ambos ejercen de distintos modos— no aminora la fuerza y el efecto de las intervenciones crítico-políticas, la producción “eficaz” y “práctica” (*Espectros* 103) de nuevos modos de imaginación de la comunidad. De la hermenéutica nacional a la paradójica “deconstrucción nacional”, Ludmer y Panesi hicieron de algunas de sus críticas, en palabras de Aira en “Exotismo”, una máquina para “volverse argentinos”, inventaron algunos dispositivos por los que “valga la pena serlo”.

Bibliografía

- Aira, César. “Exotismo”. *La ola que lee. Artículos y Reseñas (1981-2010)*. Buenos Aires: Literatura Random House, 2021. 51-54.
- Cragolini, Mónica. *Derrida, un pensador del resto*. Buenos Aires: La Cebra, 2007.
- Gerbaudo, Analía. *Derrida y la construcción de un nuevo canon crítico para las obras literarias*. Córdoba: Universitas, 2007.
- . “Algo más sobre un mítico seminario (usina teórica de la universidad argentina de la posdictadura)”. *452°F*. 12 (2015): 132-152.
- . *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la postdictadura (1984-1986)*. Santa Fe: Ediciones UNL, 2016.
- Dalmaroni, Miguel. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2004.
- Derrida, Jacques. *Positions. Entretiens avec Henri Ronsse, Julia Kristeva, Jean Louis Houdebine, Guy Scarpetta*. París: Minuit, 1972.
- . “Préjugés. Devant la loi”. *La Faculté de juger*. París: Minuit, 1985.
- . *Limited Inc*. Illinois: Northwestern University Press, 1988.
- . “Entrevista con Jacques Derrida”. Cristina de Peretti. *Debate Feminista*. 2 (1990): 281-91. En línea. Fecha de acceso: 15/08/2024.